

# Crisis de la solidaridad

La crisis de la modernidad y, en particular, de la concepción cartesiana del mundo, en la que todos los fenómenos se concatenaban tan armoniosamente como en la lógica matemática, abre la perspectiva de que los caminos de la historia no sean solo los previstos por las anchas avenidas de las ideologías modernas.

Tal vez las vías principales pasen hoy por la cuestión ecológica, por la fuerza del fenómeno religioso y por la recuperación de la ciudadanía. Es ahí donde se tejen los vínculos de solidaridad, tan aflojados en el plano económico y político.

La imprevisibilidad, comprobada en el microuniverso de las partículas cuánticas, podría ser también una constante del movimiento histórico. Así como el aparente perfil caótico de la naturaleza adquiere un sentido evolutivo y coherente en la esfera biológica, del mismo modo habría un nivel en el que las relaciones humanas toman la dirección de la esperanza: a ese nivel el Evangelio lo denomina amor.

Es verdad que con el muro de Berlín se derrumbó casi todo lo que apuntaba hacia un futuro sin opresores y sin oprimidos. En nombre de la democracia, el capital privado, señaladamente el capital especulativo, asumió el control absoluto del poder. Ahora, las leyes del mercado prevalecen sobre las de la ética. Y el neodarwinismo ataca, implacable, la convivencia social: solo sobreviven "los más capaces".

Pero, ¿qué pasa con la pobreza de dos tercios de la humanidad? ¿Qué significa hablar de libertades, cuando no se tiene acceso a un plato de comida? ¿No deberíamos recalcar la crisis crónica del capitalismo, que ya dura doscientos años? ¿No sería un gran error hablar de victoria neoliberal cuando lo que sucede, a ojos vista, es el fracaso del capitalismo como respuesta a los anhelos de justicia?

Esa es la contradicción de la actual coyuntura: ¡nunca hubo tanta libertad para tantos hambrientos! Incluso los pueblos que en las últimas décadas no habían conocido la pobreza, el desempleo y la inflación, ahora se las han de haber con esos flagelos, como ocurre en el Este europeo.

Tal vez la presente crisis de solidaridad tenga que ver con la privatización de nuestros valores y sentimientos. La postmodernidad incuba la tendencia a mirarse el propio ombligo. Muchas personas prefieren ser consumidoras a ser ciudadanas.

Solo una actitud ética de adhesión a instancias comunitarias de solidaridad, como los movimientos sociales, puede salvarnos de esa tendencia nociva a la *desolidaridad*. Lo que significa, en clave evangélica, a vencer el desamor y abrazar el amor.

FREI BETTO

*"Sabores y saberes de la vida"*